BIBLIOTECA POPULAR

LOS GRANDES PENSADORES



VOLUMEN XXII

L. TOLSTOY

La Gran Tragedia

PRECIO 50 Cents

600

León Tolstoï

BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES

León Tolstoï

EL GRAN CRIMEN

VOLUMEN XXII - SEGUNDA SERIE

CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

BARCELONA — CORTES, 478 | BUENOS AIRES — PICHINCHA, 1867

Noticia biográfica

Como la de muchos grandes hombres cuya acción sobre el medio ha sido puramente intelectual, la biografía de Tolstoï (Conde León Nicolaévitch), podría reducirse a consignar que nació en Toula (Iasnaia Poliana), en 28 de agosto de 1828 (9 de septiembre de nuestro calendario, en el año 1828).

Su vida es vulgar, desprovista de episodios dramáticos, de momentos interesantes y emotivos. La vida de Tolstoï está toda en sus libros, de los que al final de estos trabajos escogidos entre los muchos suyos, se encontrará una lista, aunque incompleta, bastante exacta.

Huérfano de padre y madre desde muy tierna edad, fué educado por dos tías cariñosas, residentes en los campos rusos.

De esa primera impresión de la vida, arranca sin duda el amor a la Tierra, *que Tolstoï revela en todos sus trabajos de novelista y de filósofo.*

Estudió Filosofía y Letras en la Universidad

de Kazan, pero habiendo fracasado en uno de los exámenes, abandonó la carrera consagrándose al estudio del Derecho con gran brillantez en la Universidad de San Petersburgo.

La Tierra, *que le atraía irresistiblemente, le hizo retirarse al campo durante larga temporada.*

En 1851 se alistó como ionker *(oficial noble) en las filas de la artillería, yendo al Cáucaso, donde permaneció cuatro años.*

Allí fué donde le vino la comezón de escribir, comenzando a hacerlo de la maravillosa manera que le asegura uno de los primeros puestos entre los novelistas rusos.

Al estallar la guerra de Crimea, pidió su traslado a Sebastopol, asistiendo como actor a aquella terrible guerra.

Después de una laboriosa vida de estudio, en 1856 pasó a San Petersburgo, atraído, él, el enamorado de la vida campesina, por el lujo y el esplendor incomparables de la capital de Rusia.

Casado con Sofía Andreévna Bers, hija de un notable médico, encontró en ella una colaboradora inteligente y eficaz de su sistema pedagógico, que empezando por la educación de la numerosa prole del matrimonio, se amplió a buen número de ciudadanos.

Influencia de la esposa, determinismo ruso, sea lo que fuere, Tolstoï cayó en el misticismo inspirado en un cristianismo renovado.

Si bajo el punto de vista de las ideas hubiéramos de juzgar a Tolstoï, tendríamos que señalar profundas discrepancias con las suyas.

No somos cristianos; no creemos en su moral, que reputamos falsa y sin fundamento humano.

¿Quiere esto decir que neguemos valor positivo a la obra de Tolstoï? En modo alguno.

Su cristianismo renovado, su misticismo agrario —si se permite la frase— ha podido, sin duda alguna, ejercer una influencia decisiva en el resurgir de Rusia, a cuyos comienzos asistimos.

Los pueblos esclavos han dirigido siempre sus miradas al cielo en busca de liberación, y en su corazón ha debido hallar eco la predicación de una mejor vida celestial que luego se ha aplicado a este bajo mundo por el natural desdoblamiento que sufren las ideas.

Como verá el lector, en alguno de los trabajos sueltos que constituyen este volumen, hay atisbos que el pueblo ruso está convirtiendo hoy en realidades, dando así la razón a Tolstoï, profeta en su tierra.

C. L.

EL GRAN CRIMEN

Rusia atraviesa un momento decisivo que será señalado por importantes cambios. La proximidad y la necesidad de conmociones inminentes siéntese sobre todo, cual siempre ocurre, por las clases de la sociedad que, gracias a su posición social, no se hallan abstraídas por un trabajo físico que absorba su tiempo y sus fuerzas, y pueden, por consiguiente, ocuparse de las cuestiones políticas. Estos hombres: nobles, comerciantes, funcionarios, médicos, ingenieros, profesores, artistas, estudiantes, abogados, casi todos habitantes de la ciudad, los intelectuales en una palabra, hállanse actualmente en Rusia a la cabeza del movimiento que se forma, y emplean todas sus fuerzas en hacer cambiar el orden político actual, para reemplazarle por otra organiza-

ción, considerada, por tal o cual partido, como la más rápida y adecuada para asegurar la libertad y la prosperidad del pueblo ruso.

Estos hombres, continuamente en pugna con las medidas restrictivas y coercitivas de la administración, expuestos al destierro arbitrario, a la prisión, a la prohibición de celebrar reuniones, a la recogida de libros y periódicos, a la prohibición de las huelgas, etcétera, y llevando al mismo tiempo una existencia completamente distinta de la de la mayor parte de los obreros del campo, consideran actualmente la situación que se les crea como el mal esencial, y su cambio como la primera condición de prosperidad del pueblo ruso.

De este modo piensan los liberales. De este modo piensan los socialistas demócratas. Esperan que, gracias a la representación nacional, se realizará un nuevo orden de cosas de acuerdo con sus teorías. De este modo piensan los revolucionarios, que, reemplazando el que existe por un nuevo gobierno, creen poder establecer leyes que aseguren la mayor suma de libertad y bienestar al pueblo entero.

Y, sin embargo, bastaría prescindir por un momento de la idea arraigada en nuestros intelectuales de que lo más urgente fuera introducir en Rusia las mismas instituciones

políticas que existen en los otros países de Europa y América, y destinadas a asegurar la libertad y el bienestar de todos los ciudadanos; bastaría pensar en lo que es moralmente injusto en nuestra vida, para ver inmediatamente que el mal principal entre todos los que hacen sufrir al pueblo ruso—mal del que tiene plena conciencia y del cual se queja a cada instante, —no puede desaparecer por ninguna reforma política, como no ha desaparecido por análogas medidas en Europa y América.

Este mal fundamental, que hace padecer al pueblo ruso igualmente que a los demás pueblos de Europa y América, radica en que la mayor parte del pueblo se halla privada del derecho natural, indiscutible, de gozar de una porción del territorio en que ha nacido. Basta darse cuenta de todo lo que tal estado de cosas ofrece de criminal e injusto, para comprender que mientras dure la institución cruel, que ha existido siempre, de los usurpadores del poder, no hay reforma política que pueda procurar al pueblo la libertad y el bienestar; y es fácil comprender, por el contrario, que la emancipación de la mayoría del pueblo del estado de esclavitud rural en que es mantenido, es la única que puede impedir que las reformas políticas se conviertan en un juego o un instrumento de interés personal para los

políticos, y hacer que recobren su carácter de verdadera expresión de la voluntad popular.

Tal es el pensamiento de este artículo, pensamiento que quisiera hacer compartir a los que, en estos decisivos momentos de nuestra vida social, desean servir, no a sus propios intereses, sino a la verdadera causa del pueblo ruso.

I

Paseábame el otro día por la carretera de Tula. Era el sábado santo; las gentes iban al mercado en hileras de carretas, con terneros, gallinas, caballos y vacas, algunas de las cuales eran arrastradas por los vehículos; tan flacas estaban. Una pobre vieja, de faz arrugada, llevaba arrastrando del extremo de una cuerda una vaca enfermiza y descarnada. Conocía a la anciana, y le pregunté a dónde llevaba aquel animal.

—Como ya no da leche—respondió la mujer,—voy a ver si puedo venderla para comprar otra que la dé. Tal vez precise que agregue diez rublos, y no tengo más que cinco. ¿De dónde los había de haber sacado? Durante

el pasado invierno hemos tenido que comprar diez y ocho rublos de harina, y en la familia no hay más que un trabajador que gane algo. Vivo con mi nuera y cuatro niños; mi hijo es portero en la ciudad.

—Y ¿por qué tu hijo no vive con vosotros? —le pregunté.

—¿Qué haría? ¿Qué tierra tenemos? Con trabajo da lo necesario para el kvass (1).

Pasaba en este momento un aldeano, flaco y pálido, con el pantalón salpicado de tierra gredosa de cantera.

—¿A qué vas a la ciudad?—le dije.

—A comprar un caballo. Han de hacerse las labores y no tengo ninguno. Pero tengo entendido que los caballos son caros.

—¿Cuánto quieres gastar?

—Lo que mis medios me permitan.

—¿Cuánto tienes?

—Mucho me ha costado reunir quince rublos.

—Y ¿qué quieres comprar ahora por ese dinero?...

—Piel—interrumpió otro aldeano.—Y ¿en qué fábrica trabajas?—preguntó al cantero, dirigiendo una mirada a sus pantalones gas-

---

(1) Bebida fermentada hecha con harina de centeno.

tados de las rodillas y manchados de fango amarillo.

—En la de Komarof; Joán Moisseitch Komarof.

—¿Cómo has ganado tan poco?

—¡Oh! Porque no he cobrado sino la mitad de lo que me pertenecía.

—¿Cuánto ganabas?

—Dos rublos semanales, y a veces menos. ¿Qué hacer? La provisión de harina no me duró ni siquiera hasta Navidad. Y, como no había dinero...

Un poco más allá, un joven campesino conducía un hermoso caballo bien alimentado, de pelo reluciente, para venderle en el mercado.

—¡Hermoso animal!—exclamé.

—¡Pocos habrá tan buenos!—dijo él, tomándome por un comprador.—Tanto sirve pora el arado, como para tirar de un coche.

—Entonces, ¿por qué le vendes?

—No puedo mantenerle. He de escoger entre dos cosas: o el caballo, o nada. Le he tenido que dar de comer todo el invierno, y hoy me pesa. El animal se lo ha comido todo. Además, necesitamos dinero para pagar el arriendo.

—¿De quién eres arrendatario?

—De María Ivanovna. Mucho he de agra-

decerle que me haya querido admitir por tal, pues de lo contrario estábamos perdidos.

—¿Cuánto pagas?

—Nos *araña* catorce rublos. Pero, ¿qué íbamos a hacer? Por necesidad lo hemos aceptado.

Una mujer pasa en un carromato, en compañía de un niño con gorra. Me conocía. Baja, y me ruega tome a su hijo a mi servicio. Era un enfermizo muchacho de ojos vivos e inteligentes.

—Parece pequeño, mas sirve para todo— dijo la madre.

—Pero, ¿por qué quieres emplear a un hijo tan joven?

—Pues, ahí verá usted, señor; siempre será una boca menos que llenar. Tengo otros cuatro; yo también he de comer, y no disponemos de un pedazo de tierra. Dios sabe que no tenemos que comer. Piden pan, y no sé cómo dárselo.

Podéis hablar con quien queráis; todos se quejarán, y todos llegarán a dar la misma razón: no hay bastante pan, y no lo tienen porque no tienen tierra.

Los casos que cito, no son sino encuentros en los caminos. Pero recorred toda Rusia, id por todo el mundo campesino, y doquiera veréis los mismos males terribles y los mismos su-

frimientos, cuya causa evidente es el que los aldeanos se hallen privados de tierra. La vida de la mayor parte de los lugareños es tal, que la cuestión para ellos no es tratar de mejorar su situación, sino más bien no morirse de hambre ni dejar morir a sus familias; y esto únicamente porque no tienen tierra.

Recorred toda Rusia y preguntad a todos los trabajadores de la tierra por qué su vida es tan dura, cuáles son sus más íntimos deseos, y todos os dirán lo propio; os hablarán de aquello que esperan y en lo cual siempre están pensando.

Y les es imposible no pensar en ello y no sentir la insuficiencia de la tierra para mantenerles. Además, la mayor parte de ellos se sienten forzosamente esclavos de los arrendadores, de los comerciantes, de los propietarios, cuyos bienes se tragan sus exiguos medios. Les es imposible olvidarlo un solo instante, porque por un poco de heno, por el haz de leña que necesitan para vivir, porque su caballo entre en un campo del señor, han de soportar continuamente multas, golpes, humillaciones.

Un día trabé conversación en una carretera con un viejo campesino, ciego, que mendigaba. Reconociendo en mí, por mi modo de hablar, a un hombre instruído, que leía los pe-

riódicos, pero sin creerme un señor, se detuvo y me preguntó gravemente:

—Y qué, ¿corre algún rumor?

—¿Acerca de qué?

—Acerca de la tierra; acerca de lo de los amos.

Respondíle que no había oído nada. El viejo meneó la cabeza y no dijo más.

—Oye, ¿qué se habla de la tierra?—pregunté algún tiempo después de ésto a uno de mis antiguos compañeros de colegio, campesino rico, ordenado, inteligente e instruído.

—El pueblo empieza a hablar.

—Y ¿qué piensas tú de la cosa?

—Evidentemente, *volverá a nosotros*.

Así, pues, de todos los actuales acontecimientos, éste es el único importante y de interés para todo el pueblo. Cree firmemente, le es imposible no creer que la tierra «volverá a él».

Y le es imposible esto, porque ve claramente que una población que vive de la agricultura y crece de día en día, no puede vivir y hacer vivir al propio tiempo a todos los parásitos que alientan a sus expensas, sin disponer al efecto de una extensión de tierra suficiente.

II

«¿Qué es el hombre?», pregunta Enrique George en uno de sus discursos.

Y responde:

«Es, en primer lugar, un animal; un animal terrestre que no puede vivir sin tierras. Todo lo que el hombre produce, viene de la tierra; todo trabajo productivo consiste, en resumidas cuentas, en trabajar la tierra, o la materia extraída de la tierra, para la satisfacción de las necesidades y los deseos del hombre. Por otra parte, el mismo cuerpo del hombre proviene de la tierra. Hijos de la tierra, salimos de la tierra y a ella volveremos. Quitad al hombre todos sus elementos terrestres. ¿Qué otra cosa quedaría más que un espíritu sin cuerpo? Dedúcese de esto que el hombre que posee la tierra en la cual, o de la cual, otro hombre ha de vivir, es el amo de este último, el cual es un esclavo. El hombre que retiene el suelo en que yo debo de vivir, dispone de mi vida o de mi muerte en absoluto,

como si yo fuese algo de su pertenencia. Hablamos de la abolición de la esclavitud; no hemos abolido la esclavitud; no hemos abolido más que una de sus más duras formas: la esclavitud del cuerpo propiamente dicha. Hay otra forma de esclavitud más vergonzosa, más insidiosa y más atroz, que es la que hace falta abolir: la esclavitud hábil que transforma al hombre en un verdadero esclavo, embaucándole y engañándole con la palabra *libertad*.

«¿En alguna ocasión pensasteis—agrega Enrique George en otra parte del mismo discurso—en el supremo absurdo y en lo extraño del hecho de que la clase que trabaja sea precisamente la más pobre? Suponed, por un momento, que un ser sensato aparece de pronto en la tierra. Si le explicáis cómo aquí vivimos, cómo se producen las habitaciones, los alimentos, las ropas y todo lo que es necesario a la vida, pensará, naturalmente, que los hombres que trabajan son los que habitan las mejores casas y poseen mayor cantidad de productos del trabajo. Y llevadle después a cualquier parte, a Londres, a París, a Nueva York, o bien a Burlington, y verá que los que llama la clase de los trabajadores son los que habitan las casas más pobres». (Agregará que el mismo hecho es aún más sensible en el campo. Los ociosos habitan palacios lujosos, be-

llas y espaciosas moradas. Los trabajadores se albergan en sombrías y sucias chozas).

«Todo esto es extraño. Despreciamos instintivamente la pobreza, y debiera no ser así... La Naturaleza no da más que al trabajo, sólo al trabajo; el trabajo es necesario a la producción de una riqueza cualquiera; y en el orden natural de las cosas, el que trabaja honradamente es el que debiera ser rico, siendo pobre el que no hace nada. Y tan bien hemos trastornado el orden natural de las cosas, que nos hemos acostumbrado a la idea de ver pobre al trabajador... La causa primordial de este hecho, es que obligamos al que trabaja a pagar a otros porque le permitan trabajar. Cuando compráis un vestido, una casa, un caballo, pagáis al vendedor una labor cualquiera, le pagáis algo que ha producido o que se ha procurado de alguien que lo ha producido; mas cuando pagáis a uno por cultivar la tierra, ¿qué le pagáis? Le pagáis lo que ningún hombre ha producido; le pagáis algo cuya existencia es anterior a la del hombre mismo; le pagáis algo que ha adquirido un valor no por el esfuerzo individual, sino por el de la comunidad de que formáis parte».

(Por esta razón los que se han apoderado del suelo son ricos, mientras que los que le cultivan o trabajan sus productos son pobres).

«Se habla de sobreproducción. ¿Cómo puede darse el hecho de la sopreproducción, cuando el pueblo tiene hambre? Hay muchas gentes que reclaman lo que indebidamente se titula «sobreproducido». ¿Por qué no pueden procurárselo? ¿Por qué no tienen medios para comprarlo? Ganan demasiado poco. Cuando la mayor parte de los hombres gana seis reales diarios, se concibe que haya gran cantidad de mercancías que no puedan ser compradas.

»Ahora bien; ¿como es que hay hombres que trabajan por un salario tan mínimo? Porque, si fuese a pedir un aumento de jornal, hay otros muchos hombres sin trabajo dispuestos a ocupar inmediatamente su lugar. Esa masa de gentes sin trabajo, es la que produce tan feroz competencia y hace descender los salarios al nivel que permite justamente subsistir. ¿Por qué hay hombres que no encuentran en qué ocuparse? ¿En alguna ocasión pensasteis en lo que tiene de extraño el hecho de que un hombre no pueda encontrar en qué emplearse? Adán no tropezó con esta dificultad, que tampoco tuvo Robinsón Crusoë: no les costaba mucho hallar trabajo.

»Cuando no encuentran quien los emplee, ¿por qué los hombres no pueden emplearse ellos mismos? Sencillamente porque están excluídos del dominio en que la labor humana

puede ejercerse sola. Los hombres se ven obligados a hacerse la competencia unos a otros, a luchar entre sí para ganar un salario en casa de alguien que los emplea porque se les arrebataron los medios naturales de trabajar por su propia iniciativa, porque no encuentran bajo la bóveda de los cielos ni una pulgada de terreno que poder cultivar sin pagar por ello un tributo a algún ser humano.

Los hombres ruegan a la Providencia que haga cesar su pobreza. Pero la pobreza no fué instituída por Dios; es una blasfemia de la peor especie el pretenderlo; es el hecho de la injusticia del hombre para con sus semejantes. Suponiendo que el Todopoderoso atienda sus súplicas, ¿cómo podría atenderlas mientras sus leyes sean lo que son? Considerad que Dios no nos da ninguna de las cosas que constituyen la riqueza: no nos da más que la materia bruta con ayuda de la cual el hombre debe producir lo necesario para su subsistencia. ¿No nos da así bastante? ¿Cómo suprimiría la pobreza dándonos más? Suponed que para responder a vuestras preces aumenta el poder del sol o la riqueza del suelo; que se pone a hacer plantas más prolíficas o animales capaces de reproducirse más abundantemente. ¿A quién iría a parar este beneficio? Figuraos un país en que la tierra estuviese

completamente monopolizada, como ocurre en la mayor parte de los países civilizados. ¿Quién ganaría con esto? Unicamente los propietarios de la tierra. Y hasta si Dios, atendiendo vuestras súplicas, hiciese caer del cielo todo lo que piden los hombres, ¿quién se aprovecharía de ello?

Se nos dice en el Antiguo Testamento que, cuando los israelitas atravesaron el desierto, sintieron hambre, y que Dios hizo caer el maná del cielo. Había suficiente para todos: todos lo comieron y se salvaron. Pero, suponed que el desierto hubiera sido considerado propiedad, como hoy el suelo de la Gran Bretaña o el de nuestros nuevos Estados; suponed que un israelita hubiera sido propietario de una milla cuadrada, otro de cien, y que la inmensa mayoría de los israelitas no poseyera ni el sitio que sus pies ocupaban. ¿Qué hubiera sido de aquel maná? ¿Qué bien hubiese sacado de él la inmensa mayoría? Ninguno absolutamente. Aun cuando Dios enviara bastante maná para todos, se hubiera hecho propiedad de los poseedores del suelo; hubiesen, tal vez, empleado cierto número de hombres en amontonarlo para ellos, y lo hubiesen vendido a sus hambrientos hermanos. Y creed que este comercio hubiese durado hasta que la mayor parte de los israelitas hubiesen dado

todo lo que poseyeran, hasta sus últimas ropas. ¿Y luego? Luego no hubiesen tenido para comprar maná, y el resultado habría sido el siguiente: mientras se hubiesen hallado en vías de morirse de hambre, el maná se habría acumulado en grandes montones, y los propietarios hubiéranse quejado de la sobreproducción del maná. Habría habido una cosecha enorme de éste junto a un pueblo hambriento. ¿No es ese el fenómeno que se produce en nuestros días?

No pretendo que no hubiese nada que hacer después de haber hecho ver esta injusticia fundamental; pero me atrevo a decir que la cuestión de la tierra es la base de todas las cuestiones sociales. Afirmo que podéis reformar tanto como queráis, en la seguridad de que no acabaréis con esa pobreza tan extendida mientras la materia de que todos los hombres viven sea propiedad privada de algunos. Ello es absolutamente imposible. Reformad el Gobierno, rebajad los impuestos al mínimo, construid caminos de hierro, cread cooperativas, o, si lo preferís, partid los beneficios entre empleados y empleadores. ¿Cuál será el resultado? El resultado será que el valor de la propiedad terrena aumentará. La experiencia lo prueba. ¿No hizo el progreso subir sencillamente el valor de la tierra, es

decir, el precio que otros deben pagar por tener el privilegio de vivir?

El mismo hecho—añado yo—se observa en toda Rusia. Los propietarios territoriales se quejan de la falta de productividad y de las cargas que pesan sobre sus propiedades, mientras que el precio de la tierra va continuamente aumentando. No puede hacer más que elevarse, en tanto que la población crece y la cuestión de la tierra conviértese en una cuestión de vida o muerte.

He aquí porqué el pueblo lo da todo: no sólo su trabajo, sino también su vida, por la tierra de que se ve privado.

III

Existió antiguamente el canibalismo y los sacrificios humanos; existió la prostitución religiosa y las degollaciones de los niños enfermizos y las niñas; hubo venganzas sanguinarias y matanzas de poblaciones enteras, la tortura judicial, la prisión, la hoguera, el látigo; hubo, aún lo recordamos, los *spitzruthens* y la servidumbre, que también ha desaparecido. Pero, si estas costumbres y estas insti-

tuciones abominables han cesado de existir, no prueba ello que no haya en nuestros días instituciones y costumbres que no se hayan hecho, para nuestra razón más cultivada y nuestra conciencia, tan abominables como lo hubieran sido en sus tiempos las que se abolieron y no son para nosotros más que un recuerdo horrible. La vía de perfectibilidad humana no tiene límites, y en cada fase de la historia hay supersticiones, imposturas, instituciones perniciosas que el hombre suprime sucesivamente o que pertenecen ya al pasado; otras se nos aparecen en las lejanas brumas del porvenir; hay otras en medio de las cuales vivimos, y cuya supresión constituye el objeto de nuestra vida: tales son la pena capital, y en general todas las penas; la prostitución, el canibalismo, el militarismo, la guerra y el mal más próximo y más sensible; la propiedad privada de la tierra.

Pero el pueblo no se libra siempre de un golpe de todas las injusticias pasadas al estado de costumbres, ni aún después que los seres más impresionables hayan reconocido su iniquidad; no avanza sino paso a paso, deteniéndose, volviéndose atrás, rehaciendo nuevamente algunos esfuerzos hacia su liberación, como en un engendramiento. Esto ha ocurrido en último lugar con la abolición de la escla-

vitud, y esto ocurre ahora con la supresión del monopolio de la tierra.

El mal y la injusticia de la propiedad privada del suelo fueron señaladas hace un millar de años por los profetas y los sabios de la antigüedad. Más adelante, los espíritus avanzados de Europa los señalaron cada vez con más frecuencia. Los artesanos de la Revolución de Francia lo hicieron con una claridad especial. En los últimos tiempos, gracias al acrecentamiento de la población y al acapamiento por los ricos de una gran extensión de tierras hasta entonces libres; gracias también al desarrollo general de la inteligencia y a la mejora de las costumbres, esta injusticia se hizo tan manifiesta, así para los espíritus cultos como para los más atrasados, que fué imposible no verla y no comprender la causa a que obedecía.

Pero los hombres, sobre todo los que disfrutan del provecho y las ventajas de la posesión del suelo, los propietarios y aquellos cuyos intereses van unidos a esta institución, hállanse tan acostumbrados a semejante estado de cosas, han gozado de él tanto tiempo, que en ocasiones no se dan cuenta ellos mismos de la iniquidad que cometen; emplean todos los medios posibles para disimular y ocultar a los otros la verdad que aparece cada

vez más clara; tratan de ahogarla, de desfigurarla; y si no lo consiguen, de aniquilarla por medio de la conspiración del silencio.

Bajo este aspecto es muy característica la actividad del hombre que apareció a fines de siglo, de Enrique George, quien consagró su gran fuerza espiritual a la elucidación de la injusticia y la crueldad de la propiedad territorial y a la indicación de los remedios contra este mal; remedios aplicables en el actual estado de cosas común a todas las naciones. Hízolo valiéndose de sus libros, sus artículos y sus discursos, con un poder y una lucidez tan extraordinarias, que todo hombre exento de ideas preconcebidas, después de leer sus escritos, no puede dejar de rendirse a sus argumentos y comprender que no existe reforma capaz de modificar la condición del pueblo mientras esta injusticia fundamental no haya sido abolida; y los medios que propone para su abolición son racionales, justos y realizables.

¿Y qué sucedió? Aún cuando en la época de su aparición en Inglaterra los escritos de Enrique George se difundieran rápidamente en el mundo anglo-sajón y no dejaran de ser apreciados en su valor real, ocurrió que en dicha nación y aún en Irlanda—donde la iniquidad de la propiedad del suelo es manifies-

ta,—la mayoría de la clase instruída e influyente, se opuso a su enseñanza, a pesar de lo bien fundado de los argumentos de Enrique George y la posibilidad de llevar a la práctica los medios por él indicados. Los políticos radicales, Parnell, por ejemplo, que al principio aprobaron el plan de Enrique George, separáronse muy pronto de él, concediendo mayor importancia a las reformas políticas.

En Inglaterra, casi toda la nobleza se declaró contra él, entre otros el famoso Toynbec, Gladstone y Heriberto Spéncer, el cual, en sus *Statics*, afirmó primeramente que la propiedad de la tierra era injusta, para renunciar en seguida a su propio punto de vista y recoger las viejas ediciones de sus obras, para eliminar de ellas todo lo que había dicho del crimen de la propiedad del suelo.

Durante una de las conferencias de Enrique George en la Universidad de Oxford, los estudiantes se entregaron contra él a una manifestación hostil. Cuanto al partido católico, juzgó la doctrina de este noble pensador sencillamente criminal, inmoral, peligrosa y contraria a la ley de Cristo. La ciencia social ortodoxa se levantó a su vez contra ella: doctos profesores la refutaron desde lo alto de su erudicción, principalmente porque no se apoyaba en los principios de su pretendida ciencia. Los

socialistas no le eran menos hostiles, considerando como cuestión de importancia inmediata no la de la propiedad territorial, sino la abolición de toda propiedad privada.

Pero la principal arma dirigida contra la enseñanza de Enrique George fué la que siempre se emplea contra las verdades irrefutables y de toda evidencia. Este método, que hoy aun se emplea contra Enrique George, fué la conspiración del silencio. El sistema dió tan buenos resultados que un miembro del Parlamento inglés, Labonchère, pudo decir públicamente sin encontrar ninguna contradicción que «no era un fantaseador como Enrique George, para proponer que se quitase a los propietarios la tierra para en seguida volverla a dar. Pediría solamente la institución de un impuesto sobre el valor de la tierra». Así, mientras atribuía a George lo que él nunca pudo haber dicho, Labonchère, pretendiendo corregir sus imaginarias fantasías, sugería lo que Enrique George había realmente dicho.

Gracias a los esfuerzos reunidos de todos los que tienen interés en defender la institución de la propiedad territorial, la doctrina de George, irresistiblemente convincente en su sencillez y su claridad, permanece casi desconocida, y, desde hace algunos años, ha pasado cada vez más en silencio.

Aquí y acullá, en Escocia, en Portugal o Nueva Zelanda se guarda memoria de ella, y, entre centenares de sabios, hay uno que la conoce y la defiende; pero en Inglaterra y en los Estados Unidos, el número de sus partidarios disminuye de día en día; en Francia desconócesela en absoluto; en Alemania se enseña en un círculo limitado, y en todas partes es ahogada por las teorías bullangueras del socialismo. De modo que sólo es conocida de nombre entre la mayoría de los hombres impropiamente llamados ilustrados.

IV

No se discute el sistema de Enrique George, se le desconoce sencillamente. (Es imposible otra cosa, porque el que lo conociese no podría dejar de admirarlo).

Cuando se le cita por casualidad, o bien se le atribuye lo que no dice, o bien se le hace repetir lo que no había repetido, o se rechaza pura y sencillamente su sistema, porque no está de acuerdo con los principios llenos de pedantismo, de lo arbitrario y lo superficial de

lo que se llama economía política, principios tenidos por axiomas irrefutables.

Sin embargo, a pesar de todo, la verdad de que la tierra no puede ser objeto de una propiedad ha sido tan bien demostrada por la vida de toda la humanidad contemporánea, que para permitir el sostenimiento de una organización social que conserve la propiedad privada del suelo no hay más que un medio; no promover la cuestión, ignorar la verdad y derivar la atención hacia otras ocupaciones absorbentes. Que es justamente lo que hace el mundo moderno.

Los políticos de Europa y América se ocupan del bienestar de sus pueblos en distintos dominios: discuten las cuestiones de tarifas aduaneras, colonias, impuestos sobre productos, balances de guerra y de la marina, asambleas socialistas, uniones, sindicatos, elecciones de presidentes, conferencias diplomáticas, de todo, para acabar, salvo de una sola cosa sin la cual es imposible mejorar realmente la condición del pueblo; el restablecimiento del derecho violado, la posesión del suelo por todos los hombres.

En el fondo de su conciencia, los políticos del mundo cristiano comprenden —les es posible no comprenderlo—, que toda su actividad, la competencia comercial, las rivalidades

militares a las cuales consagran toda su energía, no pueden conducir a otra cosa más que a un agotamiento general de la fuerza de las naciones. Sin embargo, no mirando delante de sí mismos, absórbense enteramente en su tarea cotidiana, como si su único cuidado fuera olvidarlo todo y agitarse en un círculo vicioso.

Por extraña que parezca esta ceguera provisional de los políticos de Europa y América, puede explicarse por el hecho de que la humanidad ha adelantado tanto en el mal camino, que la mayoría está ya arrancada a la tierra (en América la población no ha vivido por el suelo); no desea ni pide más que una cosa: el mejoramiento de su situación de asalariado.

Concíbese, pues, que, para los políticos de Europa y América, que no prestan oído más que a las reivindicaciones de la mayoría, pueda parecer que el mejor medio de mejorar la suerte del pueblo consistiera en el establecimiento de tarifas, trusts y colonias.

En lo que concierne a Rusia, donde la población agrícola constituye el ochenta por ciento de la nación, y donde no quiere más que conservar su actual estado, parece que debiera ser evidente que es menester recurrir a cualquir otro medio para mejorar su situación.

Los pueblos de ambos mundos se encuentran en la posición del hombre que, habiendo penetrado en un camino que al pronto creyó bueno, se alejara cada vez más del término de su viaje y se encontrara finalmente demasiado lejos para atreverse a confesar su error.

Sin embargo, los rusos no están todavía en la revuelta del camino y pueden, cual lo aconseja el sabio proverbio, «preguntar por su camino mientras estén en marcha».

Ahora bien; ¿qué hacen todos los rusos que desean, o al menos pretenden desear la organización de una vida feliz para el pueblo? No hacen más que imitar servilmente lo que se hace en Europa y en América.

Para hacer la dicha del pueblo reclaman la libertad de imprenta, de conciencia y de reunión; ocúpanse de tarifas, de penas condicionales, de separación de la Iglesia y el Estado, de sociedades cooperativas, de futura nacionalización de los instrumentos de trabajo, y, por encima de todo, del régimen representativo, de ese mismo régimen que existe desde hace tanto tiempo en los pueblos de Europa y América y que sin embargo no facilitará nunca la solución del problema de la propiedad del suelo, problema que resuelve todas las dificultades. Ni siquiera se ha planteado este problema.

Si en Rusia los políticos hablan de lo abusivo de la propiedad del suelo, de lo que llaman la *cuestión agraria,* pensando tal vez que esta expresión estúpida ocultará el fondo del problema, no hablan de ella para afirmar que la propiedad privada del suelo es un mal que debiera abolirse, sino para decir que es necesario, por un medio cualquiera, por diversos y mezquinos paliativos, recomponer, restablecer y, finalmente, contornear esta infame, cruel y antigua iniquidad, que espera el momento de su abolición, no sólo en Rusia, sino en el mundo entero.

En Rusia, donde un centenar de millones de individuos sufren sin tregua el acaparamiento del suelo por los propietarios y no cesan sus gritos y sus quejas, la actitud de los hombres que buscan en todas partes, salvo donde se encuentran, los medios de mejorar la condición de las masas populares, es exactamente la que se puede ver en el teatro, cuando todos los espectadores distinguen perfectamente al actor que está oculto, mientras que sus compañeros, que le ven muy bien a su vez, fingen no verle, se esfuerzan por distraer la atención de unos y otros y cierran voluntariamente los ojos ante lo que debieran ver.

V

Unos hombres encerraron en un parque un rebaño de vacas y alimentáronse con su leche. Las vacas se comieron hasta la raíz y pisotearon la hierba del cercado, y he aquí que tienen hambre hasta el punto de roerse la cola unas a otras; braman, mugen; quisieran escapar en busca de pasto abundante. Pero los mismos hombres que se alimentaban con la leche de aquellas vacas han plantado, en torno del parque, menta, plantas productoras de materias colorantes, tabaco; han cultivado flores, han establecido un campo para carreras, un parque, y no dejan salir a los animales por el temor de verles estropear todas las instalaciones.

Pero las vacas braman, mugen, y nuestros hombres empiezan a temer que dejen de dar leche. Entonces idean varios procedimientos para mejorar la situación de las vacas. Construyen un colgadizo, friccionan a los animales con cepillos húmedos, dorándoles los cuernos,

cambian las horas de ordeñar, cuidan a las viejas vacas inválidas, favorecen el crecimiento de alguna nueva hierba muy alimenticia que han sembrado en el cercado, discuten este asunto y muchos otros, pero no hacen—no lo pueden hacer sin destruir el orden que han establecido en torno del cercado,—la única y simple cosa que sería necesaria tanto para ellos como para los animales: derribar las vallas y dejar a las vacas pastar libre y naturalmente en los prados de los alrededores.

Procediendo así, estos hombres obran contra todo buen sentido; pero sus actos tienen una explicación: temen por la suerte reservada a todo lo que han establecido indebidamente en torno del cercado.

Pero, ¿cómo llamaremos a una gente que, no habiendo establecido nada en derredor del parque, e imitando a los que encerraran sus vacas a causa de sus trabajos, retuviera a sus animales dentro de las cercas y pretendiera obrar de tal modo en el interés mismo de estas vacas?

Esto es precisamente lo que hacen los rusos, tanto gubernamentales como antigubernamentales, que achacan a la intención del pueblo—que sufre por falta de tierra—toda clase de instituciones europeas, olvidando el único punto importante, la sola cosa que

el pueblo ruso reivindica: la liberación del suelo y el establecimiento de derechos iguales para todos sobre ese suelo. Cabe concebir cómo, en Europa, unos parásitos que no viven directamente de la labor de sus propios trabajadores, ingleses, franceses o alemanes, sino del de los trabajadores coloniales que producen el pan, en cambio del cual reciben productos manufacturados, pueden, sin tener la labor y el trabajo de esos obreros que les alimentan, imaginar una organización social futura, para la cual pretenden estar preparando a la sociedad, y divertirse, tranquilo el ánimo, con campañas electorales, luchas de partidos, debates parlamentarios, cambios de ministros y con toda clase de reacciones, que llaman ciencia y arte.

Los verdaderos mantenedores de estos parásitos europeos son los trabajadores que sufren lejos, en las Indias, en Africa, en Australia, parcialmente en Rusia, a los que los europeos no pueden ver.

No nos ocurre lo propio a nosotros los rusos: nosotros no tenemos colonias y esclavos invisibles que nos alimenten en cambio de productos manufacturados. Nuestros mantenedores, miserables y hambrientos, están siempre a nuestra vista, y no podemos transportar el fardo de nuestra injusta vida a leja-

nas colonias donde invisibles esclavos nos cebarían.

Nuestros crímenes están siempre delante de nosotros.

Y, en lugar de ocuparnos de las necesidades de los que hacen que vivamos, en lugar de prestar oído a sus lamentos y tratar de aliviar su suerte, ideamos para el porvenir, bajo pretexto de ayudarles, organizaciones socialistas por el estilo de las de los europeos; y por el presente nos ocupamos sólo de lo que nos distrae, aparentando concurrir al bienestar del pueblo; realmente continuamos arrebatándole las últimas fuerzas que le permiten sostenernos a nosotros, sus parásitos:

Pensando en el bien del pueblo nos esforzamos por abolir la censura de los libros, los destierros arbitrarios, fundar escuelas comunales y agrícolas, aumentar el número de hospitales, suprimir los pasaportes y los monopolios, organizar una estrecha vigilancia de los talleres, limitar las propiedades, facilitar a los campesinos la compra de la tierra por mediación de los bancos, y muchas cosas más.

Representaos solamente los sufrimientos de millones de seres humanos: la muerte, a consecuencia de las privaciones y del exceso de trabajo, de viejos, mujeres y niños, la servidumbre, las humillaciones, los gastos inúti-

les de fuerzas, todas las miserias inútiles de la población rural que provienen de la insuficiencia de las tierras, y os daréis claramente cuenta de que unas mejoras como la abolición de la censura, de los destierros arbitrarios, etcétera, tras de las cuales se han encarnizado los seudo-defensores del pueblo, aún cuando se realizaran, no constituirían más que una gota imperceptible en el océano de las miserias del pueblo ruso.

No sólo estos hombres que se desviven por el bienestar común traen cambios sin alcance, dejan a un centenar de millones de individuos en la esclavitud, debido al acaparamiento del suelo por la minoría, sino que a la vez muchos de ellos, y de los más avanzados, quisieran que los sufrimientos del pueblo, por su continua agravación, por el sacrificio de millones de víctimas, le obligasen a cambiar su vida habitual y féliz de los campos, en favor de la existencia en los talleres perfeccionados establecidos por ellos.

El pueblo ruso —gracias a su vida agrícola, su cariño a esta forma de vida y la tendencia cristiana, de su espíritu; gracias a la circunstancia de ser casi el único, entre todos los pueblos europeos, que quiere ser y continúa siendo un pueblo agrícola—, está, por así decirlo, providencialmente colocado por sus con-

diciones históricas en la situación que le permite la solución de lo que se llama la cuestión obrera, y le pone así a la cabeza del verdadero movimiento progresivo de la humanidad. Y, sin embargo, es invitado, por sus representantes y sus conductores más autorizados a seguir las huellas de las naciones decadentes y desorientadas de Europa y América; a depravarse lo antes posible a su vez y a abandonar su misión para imitar al resto de los europeos.

Es verdaderamente pasmosa la pobreza de ideas de esos seres que no piensan por sí mismos y se contentan con repetir servilmente lo que les ofrecen sus modelos europeos; pero más admirable aún es la dureza de su corazón y su crueldad.

VI

«¡Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque sois como blancos sepulcros! cuyo exterior aparece soberbio, pero cuyo interior está lleno de osamentas humanas y podredumbre.

»De igual modo vosotros, exteriormente parecéis justos entre los hombres, y por den-

tro no sois más que hipocresía e iniquidad» (1).

Hubo un tiempo en que se invocó el nombre de Dios y la verdadera carencia en él para matar a los hombres, torturarlos, ejecutarlos y asesinarlos por cientos de miles. Hoy consideramos desde la altura de nuestra soberbia a los hombres que hicieron tales cosas.

Pero haremos mal. Hay entre nosotros muchos hombres como aquellos. La diferencia consiste sencillamente en que los del tiempo pasado cometieron sus crímenes en nombre de Dios y por su causa, mientras que hoy, aquellos de nuestros contempóraneos que obran de tal modo, lo hacen en nombre del «pueblo» y mayor bien de la causa. De igual modo que entre los antiguos hubo algunos que cometieron la locura de creer firmemente que eran poseedores de la verdad, mientras que otros no buscaban hipócritamente más que la manera de hacer su negocio bajo el pretexto de servir a Dios, y lo mismo también que había una multitud que, sin reflexionar, seguía al más diestro y atrevido, así hoy los que obran mal, bajo pretexto de servir al pueblo, cuentan en sus filas a los locos convencidos de que ellos solos poseen la verdad y a los hipócritas,

(1) Mateo, XXIII, 27, 28.

mientras que la multitud se agolpa detrás de ellos. En otro tiempo, los que se proclamaban a sí mismos servidores de Dios hicieron mucho daño enseñando lo que llamaban la teología; hoy, si los servidores del pueblo, enseñando lo que llaman su ciencia, han hecho menos daño, es sencillamente porque aun no han tenido tiempo; pero tienen ya en la conciencia los ríos de sangre y la monstruosa animosidad que divide a los hombre.

Y las pruebas de la obra de unos y otros son las mismas.

La primera es la mala vida de la mayoría de esos servidores tanto de Dios como del pueblo. (El título con que se adornan los servidores de Dios o del pueblo creen que les dispensa del deber de conducirse bien).

La segunda es la ausencia total del interés, de atención o de amor por el objeto de sus cuidados. Para servidores de esta especie, Dios no ha sido ni es más que un estandarte; porque, en realidad, no tiene nada de común con él, no le aman, no le conocen y no desean conocerle. Lo propio ocurre con los servidores del pueblo; éste no es más que un pretexto; porque, lejos de amarle y comunicarse con él, tienen para él sentimientos de desprecio, de repugnancia y de terror.

En tercer lugar, mientras los unos no se

ocupan más que de servir a un solo y único Dios, y los otros a un solo y único pueblo, no sólo no están de acuerdo entre sí acerca de la manera de servir al uno o al otro, sino que declaran malo y pernicioso el modo de obrar de todos los que difieren de opinión con respecto a ellos, y tratan de detener esta acción por medios violentos: hogueras, inquisiciones y matanzas, antiguamente; ejecuciones, prisiones, revoluciones y asesinatos en el día.

En fin, lo que caracteriza a unos y a otros en primer término es su completa indiferencia; el desconocimiento absoluto de sentimientos del que pretende servir, de sus deseos, de sus aspiraciones. Dios, a quien han servido y sirven aún con tanto celo, ha dicho expresa y claramente —en los escritos reconocidos por él como revelación divina—, que se le debe servir solamente por el amor del prójimo y obrando con los demás como se quisiera que obrasen con uno. Pero, lejos de conformarse con este precepto, inventaron otra doctrina, a la cual atribuían un origen divino.

Los servidores del pueblo obran de igual modo: desconocen deliberadamente las aspiraciones claramente manifestadas por el pueblo, para imponerle programas ideados por ellos y de los cuales no tiene la menor noción.

VII

De todos los cambios indispensables que hay que introducir en la vida social de la humanidad, uno hay más maduro que los otros y sin el cual no podría darse ni un solo paso hacia el mejoramiento de nuestro bienestar. La necesidad de este cambio es evidente para el que esté libre de ideas preconcebidas. Y esta reforma no debe ser obra sólo de Rusia, sino del mundo entero, porque de ella depende la desaparición de todos los males.

Felizmente, en Rusia la mayor parte de nuestra población, viviendo del trabajo agrícola, no reconoce la propiedad privada del suelo, sino que desea y pide la abolición de este antiguo abuso, y no cesa de significar tal deseo.

¡Pero, nadie lo ve, nadie quiere verlo!

¿De dónde proviene este extravío singular?

¿Por qué hombres buenos e inteligentes, como los hay entre los liberales, los socialistas y los revolucionarios, hasta entre los gober-

nantes, deseando la dicha del pueblo, no ven la única cosa que le sea necesaria, a la cual no cesa de aspirar y sin la cual no cesa de sufrir? ¿Por qué, en lugar de perseguir la realización de fines diversos, no se esfuerzan en realizar la obra que reclama el pueblo y sin la cual todo lo demás no podría de ningún modo contribuir a su dicha?

Toda la actividad de sus amigos, tanto gubernamentales como antigubernamentales, se asemeja a la del hombre que tratase de ayudar a un caballo caído en una zanja instalándose en el carro para cambiar de sitio la carga, creyendo de tal modo aligerar al animal. ¿Por qué esto?

La respuesta es la misma que ha de darse siempre que se pregunte por qué los hombres de nuestro tiempo, que podrían vivir dichosos y satisfechos, viven mal y miserablemente.

Proviene esto de que los hombres, tanto gubernamentales como antigubernamentales, que piensan en organizar la dicha del pueblo, no tienen religión; porque sin religión el hombre no puede vivir racionalmente, y aún menos puede saber lo que está bien o está mal, lo que es o no necesario a otros hombres.

Por esta sola razón, la gente de nuestro tiempo, y particularmente, las personas instruídas de Rusia, privadas por completo de

conciencia religiosa y que se jactan de ello, júzganlo todo a través de la vida y las necesidades de ese pueblo al cual quieren servir, y reclaman para él todo, excepto lo que en realidad debieran pedir.

Sin religión es imposible amar verdaderamente a los hombres, y sin amarlos es imposible saber lo que desean, y aún menos lo que necesitan. Solamente los que no tienen religión, y por lo tanto no pueden amarles de veras, son capaces de imaginar insignificantes mejoras en la suerte del pueblo, sin ver el primer mal que le aqueja y del cual ellos mismos son en parte la causa. Unicamente los individuos de esta especie pueden predicar ideas abstractas más o menos hábilmente establecidas, y que suponen serán más tarde la felicidad del pueblo, sin ver los sufrimientos que este soporta al presente; sufrimientos que piden ser aliviados sin tardanza y prácticamente. Aseméjanse al hombre que, habiendo quitado a un pobre hambriento su comida, diérale consejos (de carácter, por otra parte, inciertísimo) acerca del modo cómo podrá vivir en lo sucesivo, y no creyera necesario partir en seguida con él lo supérfluo de los alimentos que previamente le arrebatara.

Felizmente se han ido operando grandes progresos en la humanidad, no gracias a los

parásitos que se alimentan con la sangre del pueblo, cualquiera que sea el nombre con que se adornen —gubernamentales, revolucionarios o liberales—, sino gracias a hombres religiosos, es decir, serios, sencillos, laboriosos, y que no viven por la sola satisfacción de sus intereses, de su vanidad o de su ambición, como tampoco para llegar a resultados exteriores, sino para el cumplimiento de su misión humana ante Dios.

He ahí los hombres, he ahí los únicos hombres que, con su actividad silenciosa pero resuelta, hacen que avance la humanidad. Estos no tratan de brillar a los ojos de los otros inventando tal o cual mejoramiento de la suerte del pueblo. Hay un número infinito de estos cambios, mas ninguno de ellos tendrá significación mientras el principal no se haya operado. Se esfuerzan, por el contrario, en vivir con arreglo a la voluntad de Dios, según su conciencia; esforzándose por vivir de este modo, se darán naturalmente cuenta de las transgresiones más manifiestas de esta ley y tratarán, por sí mismos y por los otros, de oponerle un obstáculo por todos los medios.

El otro día, un doctor conocido mío, esperando el tren en la sala de tercera clase de una gran estación del ferrocarril, leía el periódico. Un aldeano sentado junto a él le preguntó

qué había de nuevo. En aquel periódico figuraba un artículo sobre el congreso «agrario». El doctor dijo en buen ruso lo que significaba esta rara palabra, y, cuando oyó que se trataba de la tierra, el campesino le rogó que le leyera el artículo. El doctor se puso a leer. Acudieron otros aldeanos. Formóse un pequeño grupo; los campesinos apretábanse unos contra otros; varios de ellos sentáronse en el suelo y el semblante de todos tomó un aire de solemne atención. Terminada la lectura, uno de ellos, que era el más atrasado, un viejo, dejó escapar un suspiro e hizo la señal de la cruz. A buen seguro que aquel hombre no había ciertamente comprendido nada de la jerga en que estaba escrito el artículo, y que es de difícil comprensión hablarla. No había comprendido nada de lo que decía el periódico, pero había comprendido que se trataba del grande y antiguo crimen que hiciera sufrir a sus antepasados como le hacía sufrir a él; había comprendido que los que comenten este «pecado» comenzaban a tener conciencia de él. Y, habiéndolo comprendido, su espíritu volvíase hacia Dios, y se santiguaba. El sencillo gesto de aquel hombre tenía más sentido que todas las palabras que llenan hoy las columnas de los periódicos. Aquel hombre comprendía, como por otra parte compréndelo el

pueblo entero, que el acaparamiento del suelo por los que no le cultivan es un gran pecado, a causa del cual sus antecesores sufrieron físicamente y perecieron, y por el que él y sus parientes sufrirán lo mismo, mientras que los que han cometido y cometen este pecado sufren moralmente; comprendía que este pecado, como la esclavitud, de la cual todavía se acordaba, debe inevitablemente acabar. Lo sabía, lo comprendía, y he aquí por qué no pudo menos de volverse a Dios pensando que el momento de la liberación está próximo.

VIII

«Las grandes reformas sociales—dice Mazzini—han sido y serán siempre el resultado de grandes movimientos religiosos».

Puede aplicarse esto al movimiento religioso que se prepara en Rusia, en todo el pueblo ruso, tanto en la clase obrera que trabaja la tierra como, y principalmente, entre los grandes, pequeños y medianos propietarios territoriales y en esos cientos de miles de hombres que, sin acaparar directamente el suelo, gozan hoy de una posición ventajosa, gracias al tra-

bajo obligado del pueblo que es desposeído de la tierra.

El movimiento religioso que se dibuja en Rusia, tiene por objeto hacer cesar la criminal injusticia que durante tanto tiempo asesinó y dividió a los hombres, no sólo en este país, sino en el mundo entero.

Esta injusticia no puede ser reparada ni por reformas políticas ni por proyectos socialistas para el porvenir, ni por revoluciones en el presente, y aun menos por filantropía o por medios gubernamentales encaminados a comprar y repartir en seguida la tierra entre los campesinos.

Tales medidas paliativas no hacen más que apartar la atención del fondo mismo del problema y retrasar su solución.

No hay necesidad ni de consentir en sacrificios artificiales ni de inquietar a la gente; lo que precisa es que todos los que han cometido este crimen o han tomado parte en él tengan de él conciencia y quieran acabar con él.

Lo único que precisa es que la verdad incontestable que el pueblo conoció y conoce siempre —es decir, que la tierra no pueda ser propiedad exclusiva de algunos, y que la exclusión del derecho a la tierra de los que la necesitan es un pecado—, que esta verdad sea admitida de un modo general por todos los

hombres; es menester que sea una vergüenza, para los que monopolizan la tierra, el retenerla en perjuicio de los que les mantienen; es menester que toda participación en este acaparamiento se convierta en una vergüenza, que sea una vergüenza eso de poseer el suelo, y una vergüenza el aprovecharse de la labor de hombres obligados a trabajar porque se les eliminó de su derecho legítimo a la tierra.

Es menester que ocurra lo que ocurrió en la época de la abolición de la esclavitud, cuando se convirtió en una vergüenza para los nobles y los propietarios aquello de poseer siervos; cuando el gobierno se avengonzó de mantener aquellas leyes injustas y crueles, y cuando los mismos aldeanos comprendieron hasta la evidencia que se había cometido a sus expensas una injusticia incalificable.

Es menester que ocurra lo propio con la propiedad del suelo.

Y esto es necesario no sólo en interés de una clase, por numerosa que pueda ser, no sólo para todas las clases y los individuos de un mismo país, sino para el conjunto del género humano.

IX

«No es por medio de gritos y bulliciosas manifestaciones, no es por medio de quejas y denuncias, no es reformando partidos o haciendo revoluciones como se llega a realizar reformas sociales —escribe Enrique George—, sino despertando los ánimos y haciendo progresar las ideas. Mientras el espíritu no piense justamente, no podrá haber en él acciones justas; y los actos justos seguirán a los pensamientos justos.

»La gran obra del presente para todo hombre o para todo grupo de hombres que quieran mejorar el estado social es una obra de educación, de propaganda de ideas. Todo lo demás no es útil sino mientras puede servir a esta obra; y todo el que piense puede servirla, en primer lugar, poniendo claridad en sus propias ideas, y esforzándose en seguida para despertar los pensamientos de aquellos con quienes se halla en contacto».

Esto es absolutamente cierto. Mas para ser-

vir a esta gran causa se requiere algo más que el pensamiento: hace falta el sentimiento religioso. Gracias a este sentimiento, en el siglo último, los propietarios de siervos sintiéronse culpables, y, a pesar de sus pérdidas personales o hasta de su ruina, buscaron los medios de librarse del pecado que pesaba sobre ellos.

Este sentimiento es el que hace falta propagar en las clases escogidas, a fin de que facilite el cumplimiento de la gran obra de la liberación de la tierra; este sentimiento debe desarrollarse hasta tal punto que los hombres lleguen a sacrificarlo todo antes que dejar de librarse del pecado en que han vivido y viven aún.

Poseer centenares, miles, cientos de miles de acres, especular con la tierra, sacar provecho por un medio u otro de la propiedad del suelo, vivir en el lujo oprimiendo al pueblo—cosa posible gracias a esa cruel y manifiesta iniquidad,—discutir en diversos comités y asambleas los medios de mejoramiento de los campesinos, y no sacrificar ni una sola de las ventajas procuradas por la injusticia, es una acción no solamente mala, sino detestable, perjudicial, condenada igualmente por el sentido común, por la honradez y por el sentimiento cristiano.

Lo que hace falta no es inventar cualquier

medio bueno para mejorar la suerte de los hombres privados de sus legítimos derechos a la propiedad del suelo, sino darse cuenta de la propia injusticia respecto a ellos y cesar ante todo de contribuir a esa injusticia cueste lo que cueste. Sólo esa moral puesta en acción por todos podrá traer la solución de la cuestión actualmente planteada ante la humanidad.

La emancipación de los siervos en Rusia fué llevada a cabo, no por Alejandro II, sino por los hombres que vieron el carácter criminal de dicha esclavitud y sin mirar por sus propios intereses, se esforzaron por acabar con aquel crimen. Fué principalmente obra de hombres como Nonikof, Radistchef y los Decembristas, que se encontraban dispuestos a sufrir, y sufrieron, en efecto, sin hacer sufrir a nadie más, sacrificándose en nombre de lo que consideraban la verdad.

Lo propio debe ocurrir con la cuestión de la tierra.

Creo que hay actualmente hombres tan sinceros como los citados; creo que sabrán cumplir esa gran obra, no sólo rusa, sino universal, que incumbe al pueblo ruso.

Esa cuestión del suelo ha llegado actualmente al mismo grado de madurez que hace cincuenta años había alcanzado la cuestión

de la esclavitud. Es la repetición absoluta de lo que ocurrió entonces.

De igual modo que en aquella época se buscaban todos los medios para remediar el malestar y el descontento general que en la sociedad se sentía; de igual modo que se empleaban toda clase de medios administrativos exteriores, mientras que no había nada que hacer y nada se hizo hasta que la cuestión, llegada a su madurez, de la esclavitud de las almas no se hubo resuelto, así ahora no hay medidas exteriores que sirvan o puedan servir para nada mientras la cuestión bien madura de la propiedad del suelo no se haya resuelto.

De igual modo que a la hora actual se proponen medios para agregar algunos metros de terreno al lote del campesino por medio de bancos, etc., así en otro tiempo se proponían y se adoptaban medidas paliativas.

De igual modo que ahora los que poseen el suelo hablan de lo injusto de poner un término a su criminal privilegio de propiedad, se hablaba entonces de lo desigual de la expropiación de los señores de sus siervos.

De igual modo que entonces la Iglesia quiso justificar el derecho de servidumbre, hoy, lo que ocupa el lugar de la Iglesia, esto es, la ciencia, trata de justificar la propiedad del suelo.

De igual modo que entonces ciertos dueños de siervos, percatándose de su pecado, se esforzaban, de distintas maneras, para mitigarle, para reemplazar con un rehén pagado por sus siervos su trabajo directo, y moderaban sus acciones contra los campesinos, hoy, los propietarios más ilustrados, comprendiendo su falta, se esfuerzan en compensarla alquilando sus tierras a los campesinos en mejores condiciones, vendiéndoselas por medio de bancos agrícolas, organizando escuelas populares, ridículas casas de recreo, proyecciones de linterna mágica, con lectura y teatros.

La actitud indiferente del gobierno respecto a esta cuestión es exactamente la misma.

En otro tiempo, no fueron tampoco ellos, los que inventaron planes ingeniosos para cambiar y mejorar las condiciones de existencia del aldeano, los que encontraron la solución de la cuestión; debióse ésta a los que viendo la urgente necesidad de una solución exacta, no la aplazaron indefinidamente y, sin ocuparse de las dificultades de orden especial, se esforzaron por detener inmediatamente el mal de un solo golpe, sin admitir el pensamiento de que fuera posible dejar durar el mal una vez reconocido; tomaron la senda que mejor les pareció en las condiciones dadas.

Lo propio ocurre hoy con la cuestión del suelo.

La cuestión será resuelta, no por los que se esfuerzan en tomar medias medidas contra el mal o en buscar paliativos a la suerte del pueblo, o en dejar la cuestión para más adelante, sino por los que comprendan que, de cualquier modo que se mire una injusticia, siempre será injusticia; que es un contrasentido buscar paliativos para aquel a quien se tortura, que no puede aplazarse la solución de una cuestión cuando ésta hace sufrir al pueblo, y que sería necesario emplear inmediatamente el mejor procedimiento para vencer la dificultad, y aplicarle sin tardanza.

Y se debe obrar así tanto más rápidamente cuanto que el método que hay que aplicar para resolver la cuestión territorial ha sido establecido por Enrique George con tal perfección que, *dada la organización actual del Estado y el impuesto forzoso*, no es imposible encontrar una solución mejor, más equitativa, más práctica, más pacífica.

«Para aniquilar o para obscurecer la verdad que he tratado de presentar clara a nuestros ojos—dice Enrique George—el egoísmo busca apoyo en la ignorancia. Pero la verdad lleva en sí misma una fuerza germinadora, y los tiempos están a punto para recibirla...»

«Trazado está el surco, echada la semilla; el árbol va a brotar. Aun es pequeño; son necesarios los ojos de la fe para verle».

Creo que Enrique George tien razón: el crimen de la monopolización del suelo está próximo a desaparecer; el llamamiento de George era el último grito de la gestación; el parto va a producirse; la liberación de los males que los hombres han soportado tanto tiempo debe operarse ahora. Creo además (y quisiera contribuir a esto por una parte, aunque fuese muy pequeña), que el aniquilamiento de esa grande y universal injusticia, aniquilamiento que hará época en la historia del género humano, debe efectuarse precisamente por el pueblo esclavo de Rusia, el cual, por sus tendencias morales y su organización económica, está predestinado a esa gran obra universal. El pueblo ruso no debe convertirse en un pueblo de proletarios a semejanza de los pueblos de Europa y América; resolverá, por el contrario, la cuestión de la tierra por medio de la abolición de la propiedad territorial, y trazará a las otras naciones la vía hacia una vida racional, libre y feliz, exenta de toda obligación y de toda esclavitud industriales, comerciales o capitalistas. He ahi, yo así lo creo, lo que le prepara su gran destino histórico.

Me gusta figurarme que nosotros los pará-

sitos rusos, que hemos podido elevarnos y gozar de los ocios que nos ha procurado la labor del pueblo, comprenderemos nuestras faltas, e independientemente de las ventas nuestras, en nombre sólo de la verdad que nos condena, emplearemos todas nuestras fuerzas en hacer que cese tan gran crimen.

Yasnaia Poliana, julio de 1905.

A LOS POLÍTICOS

> The most fatal error that ever happened in the world was the separation of political and ethical science.
>
> SCHELLEY
>
> (El error más fatal que pudo haber nunca en el mundo, fué la separación de la ciencia política de la ciencia moral).

En mi llamamiento a los trabajadores expresé esta idea: Para libertarse de la opresión que sobre ellos pesa, los trabajadores deben, por su propia iniciativa, modificar su actual modo de ser, cesar de luchar contra su prójimo pensando en su bien personal, pero adoptando el precepto evangélico: Obra con los demás como quisieras obren contigo.

El medio que he propuesto ha provocado, conforme yo suponía, una apreciación, la misma siempre, o mejor dicho una reproba

ción, de parte de las personas de ideas más opuestas.

«Es una utopía; eso no es práctico. Esperar para libertar a los hombres a quienes hace sufrir la opresión y la violencia, a que todos se vuelvan virtuosos, es reconocer los males existentes y someterse a la inacción.»

Experimentaba la necesidad de decir en algunas palabras por qué tengo esta idea de ningún modo impracticable, como parece al pronto, pues, por el contrario, merece llamar la atención más que todo otro medio propuesto por sabios economistas para mejorar el orden social. Quería decírselo a los que tratan sinceramente de servir a su prójimo no con palabras, sino con actos.

A estos hombres, pues, dirijome hoy.

I

Los principios directores de la vida social que guían la actividad de los hombres se modifican poco a poco, y siguiendo su evolución, el orden social cambia igualmente.

Hubo un tiempo en que el ideal de la vida social era la absoluta libertad animal, durante

la cual unos devoraban, en sentido propio y figurado, a los otros. En seguida vino el período en que el ideal social era la omnipotencia de uno solo, la adoración de potentados, y se sometían todos a ellos no sólo benévolamente, sino hasta con entusiasmo; tales fueron Egipto, Roma: *Morituri te salutan*. Luego, los hombres tuvieron por ideal una organización de la vida durante la cual la autoridad no era ya reconocida como principio absoluto, sino como una necesidad del mantenimiento del orden público.

Las tentativas de realización de este ideal fueron la monarquía universal, uniendo y guiando varios Estados. Luego fué la representación nacional; luego la República, con o sin sufragio universal.

Hoy se estima que este ideal puede realizarse gracias a una organización económica que permita no considerar los instrumentos de trabajo como propiedad privada sino como propiedad nacional.

Por distintos que sean todos estos principios, suponen siempre la necesidad de la autoridad para su aplicación en la vida, es decir, una fuerza que obligue a los hombres a obedecer las leyes establecidas. Hoy se admite la misma necesidad.

Se admite que, para llegar al mayor bien

común, es menester que los que se hallan investidos de la autoridad, (según la doctrina china son los más virtuosos; según la doctrina europea los ungidos y los elegidos del pueblo), establezcan y mantengan un órden público gracias al cual se asegure a los ciudadanos el máximo de garantías contra los ataques recíprocos a la libertad, a la vida y al trabajo.

No son solamente los que ven en el Estado la condición vital indispensable, sino también los revolucionarios y los socialistas, quienes consideran la organización administrativa actual como sujeta a modificación y reconocen también la autoridad, es decir, el derecho y la posibilidad de los unos de obligar a los otros a someterse a las leyes establecidas como condición indispensable del orden social.

Así fué en todo tiempo y así es hoy todavía. Pero los hombres, obligados por la fuerza a someterse a un orden de cosas, no le consideraban siempre como el mejor; a veces se rebelaban contra los gobernantes, los derribaban y reemplazaban el antiguo orden por uno nuevo que, en su concepto, garantizábales mayor bienestar.

Pero como los que se apoderaban del poder estaban depravados por su omnipotencia y sacaban de ella más provecho para sí que para el bien común, ocurría que el nuevo go-

bierno se mostraba tan inicuo, a veces más infame, que el antiguo.

Sucedió esto cuando la rebelión contra el poder establecido triunfaba. Mas, cuando la victoria estaba del lado de éste, reforzaba él sus medios de defensa y limitaba más aun la libertad de sus súbditos.

Ocurrió siempre esto, en la antigüedad como en la época contemporánea, y ocurrió esto, con una evidencia especial, en nuestra sociedad europea durante todo el siglo XIX.

En la primera mitad de este siglo, los revolucionarios triunfaron en mayoría. Pero los nuevos gobernantes que reemplazaron a los antiguos: Napoleón I, Carlos X, Napoleón III, no ampliaron la libertad de los ciudadanos.

En la segunda mitad, después del 1848, todas las tentativas de rebelión no dieron ningún resultado. Así, a consecuencia de las revoluciones precedentemente triunfantes y de nuevas tentativas, los gobernantes, tomando medidas cada vez más efectivas de defensa, reforzaban su dominio hasta tal punto que, gracias al perfeccionamiento técnico que da a algunos el poder inusitado sobre la naturaleza y sobre los hombres, la lucha de los pueblos contra los gobiernos se hizo imposible al finalizar el siglo. Los gobiernos acapararon no sólo grandes riquezas, de las cuales habían

despojado a los pueblos, no sólo reclutaron hábilmente ejércitos bien disciplinados, sino que además concentraron en sus manos todos los procedimientos morales de acción sobre las masas: la dirección de la prensa, de la religión y, principalmente, de la educación.

Estos procedimientos son tan hábilmente empleados y tan poderosos que, a partir de 1848, no hubo en Europa ni una sola tentativa feliz de revolución.

II

Este fenómeno es completamente nuevo y particular en nuestro tiempo. Por poderoso que fuese Nerón, Gengis-Kan y Carlomagno, no eran capaces de reprimir los levantamientos que se producían en los confines de sus posesiones, y aun menos de guiar las necesidades espirituales de sus súbditos: la instrucción, la educación, la religión. Y hoy todos estos medios están en manos de los gobernantes.

No es únicamente el cemento, reemplazando al empedrado, el que ha hecho imposible,

en París, la construcción de las barricadas que se levantaron durante la Revolución. Durante la segunda mitad del siglo XIX, este «cemento» se reveló en todas las ramas de la administracción pública: policía secreta, espionaje, venalidad de la prensa, caminos de hierro, telégrafos, teléfonos, fotografía, prisiones, fortalezas, grandes riquezas, la educación y principalmente el ejército. Todos estos medios están a la disposición del gobierno.

Y todo se encuentra tan bien organizado que las autoridades menos hábiles, más estúpidas, casi por acción refleja, por simple instinto de conservación, impiden e impedirán siempre sin grande esfuerzo toda tentativa de rebelión abierta que revolucionarios retrasados hacen a veces con el solo resultado de consolidar más el poder gubernamental.

El único medio de tener hoy razón de la autoridad establecida sería, pues, la resolución del ejército, compuesto de hombres del pueblo, después de haber comprendido la iniquidad y malevolencia del gobierno negándose a procurarle. Pero, aquí también, éste, sabiendo muy bien que su sostén principal es la fuerza armada, ha organizado tan perfectamente el reclutamiento y la disciplina, que toda propaganda es imposible para arrancarle este instrumento de dominio.

En efecto, ningún soldado sometido a la hipnosis del ejercicio que se llama disciplina, puede, estando en las filas a despecho de toda convicción política, dejar de obedecer al mando, de igual modo que ningún hombre puede dejar de entornar los párpados cuando su ojo está amenazado de recibir un golpe. Y los jóvenes reclutados a los veinte años, educados en la falsa escuela eclesiástica o materialista, pero siempre patriótica, están en la imposibilidad de negarse a servir, de igual modo que los niños no pueden negarse a ir al colegio cuando a él se les manda. Luego, entrados en el servicio, estos adolescentes, cualesquiera que sean sus convicciones, se transforman en un solo año, gracias a la disciplina perfeccionada durante siglos, en dóciles instrumentos de la autoridad. Si hay algunos raros casos de negativa a servir —uno por cada diez mil—, se producen entre los discípulos de sectas que obran de tal modo en virtud de sus convicciones religiosas, que el gobierno no admite.

De manera que, en nuestro tiempo y en el mundo europeo, un gobierno que quiere guardar el poder (y no podría no quererlo porque es su único medio de subsistencia) puede impedir que toda revuelta se organice; en el caso mismo en que tal tentativa llegase a un principio de ejecución, sería inmediatamente re-

primida y no daría más resultados que la pérdida de muchos seres irreflexivos y la consolidación de la autoridad.

Estas consecuencias pueden no ser apreciadas por los revolucionarios y los socialistas, que obran en virtud de tradiciones atrasadas y que son arrastrados por la lucha, convertida para algunos en una profesión; pero no puede escapar al discernimiento de los que observan imparcialmente los acontecimientos históricos.

Este fenómeno es completamente nuevo; he aquí por qué la actividad de los hombres que se proponen cambiar el orden de cosas existente, debe conformarse a la nueva situación que ocupa la institución gubernamental en el mundo europeo.

III

La lucha, que duraba largos siglos entre los gobernantes y los gobernados, traía la substitución sucesiva de un gobierno por otro. Pero, desde mediados del siglo último, el poder ejecutivo se ha rodeado de tales medios de

defensa que, gracias al perfeccionamiento técnico de nuestro tiempo, toda lucha violenta contra él se ha hecho imposible. Y, conforme adquiría mayor poder, dejaba ver su inestabilidad; la contradicción interior entre la idea de un poder protector y la fuerza bruta, medio inevitable de toda dominación, se hacía más y más evidente. Veíase, cada vez con mayor claridad, que la autoridad estaba en manos de los peores hombres, cuando, para ser bienhechora, debía pertenecer a los mejores.

Efectivamente, los mejores no podían aspirar al poder y no se mantenían en él, porque, por su esencia misma, es inseparable de la violencia.

Esta contradicción es tan flagrante, que todos los hombres, según parece, debieran verla; sin embargo, el solemne aparato escénico, el temor que inspiran el gobierno y la tradición fueron tan poderosos, que habían transcurrido muchos siglos antes de que los hombres se hubiesen percatado de su error. Hasta estos últimos tiempos no han empezado a comprender que lo natural del poder es amenazar a los hombres con la privación de la propiedad, de la libertad, de la vida, y poner sus amenazas en ejecución; han comprendido que los emperadores, los reyes, los jueces y los otros gobernantes han consagrado su vida al cumpli-

miento de esas malas acciones, sín más motivo que el deseo de conservar su situación privilegiada; han comprendido por consiguiente que, lejos de ser los mejores, esos hombres son los peores, y que no podrían, como tales, concurrir al bien común, sino que, por el contrario, han sido siempre y son una de las causas principales de la miseria humana.

He aquí por qué la autoridad, que en otro tiempo provocaba el entusiasmo y la abnegación, suscita hoy la indiferencia, hasta el desprecio y el odio, en la mayor y mejor parte de los hombres.

La parte más ilustrada de la sociedad empieza a comprender que la solemnidad de que se rodea la autoridad no es otra cosa más que la blusa roja del verdugo, que le distingue de los demás presidiarios, porque se encarga de la tarea más inmoral y más repugnante: ajusticiar a los hombres.

Por otra parte, la autoridad, haciéndose cargo cada vez más del estado de espíritu de que, respecto a ella, está animado el pueblo, cesa de apoyarse en el poder espiritual y no se mantiene más que por la violencia. Y, manteniéndose sólo en la violencia, ve por esto mismo que cada vez pierde más la confianza del pueblo. Y no teniendo esta confianza, se ve obligada a concentrar en sus manos la direc-

ción de todas las manifestaciones de la vida nacional, y a provocar así un descontento mayor aun.

IV

La autoridad pública se ha hecho inquebrantable, pero ya no se apoya en el principio espiritual lógico: la consagración, la elección, la representación, sino en la fuerza. Al mismo tiempo, el pueblo no le concede ya ningún crédito, ni la respeta, sino que se somete a ella sencillamente porque no puede hacer otra cosa.

Así, desde mediados del pasado siglo, desde que el Estado se hizo a la vez invencible y perdió su prestigio y la justificación de su razón de ser, comenzó a extenderse una nueva doctrina: hay una sola libertad que no es en manera alguna la libertad quimérica alabada por los partidarios de la violencia, que afirman que el hombre es libre cuando ejecuta las órdenes de sus superiores bajo pena de castigo, sino la libertad verdadera, incompatible con todo dominio de los unos sobre los otros, permitiendo a cada cual obrar según

le acomode: pagar o no el impuesto, servir o no en el ejército, aliarse o no con los pueblos vecinos.

Según esta doctrina, el Estado no es una institución divina, augusta, ni una condición indispensable de la vida social, como se creía en otro tiempo, sino sencillamente la manifestación de la brutalidad de las costumbres. Esté el poder en manos de Luis XVI, del Comité de salvación pública, del Directorio, del Consulado de Napoleón o de Luis XVIII; del Sultán, del Presidente o del primer ministro, allí donde existe el poder de los unos sobre los otros, la libertad se halla ausente y la opresión es inevitable. He aquí por qué la autoridad debe suprimirse.

Mas, ¿cómo suprimirla? Y ¿cómo, una vez abolida la autoridad, organizar la vida social, a fin de que los hombres no vuelvan al estado salvaje y al empleo de la fuerza bruta?

Todos los anarquistas —como se llama a los propagadores de esta doctrina— están de acuerdo en responder a la primera pregunta que, para destruir realmente la autoridad, no se ha de recurrir a la fuerza, sino reconocer primeramente su carácter inútil y nocivo.

A la segunda pregunta, los anarquistas responden diversamente.

El inglés Godwin, que vivió a fines del si-

glo XVIII y en los comienzos del XIX, y el francés Proudhon, de mediados del siglo último, responden así a la primera pregunta:

Para suprimir la autoridad, basta que los hombres tengan conciencia de que el *bien común* (Godwin) y la *justicia* (Proudhon) son violados por la autoridad; en seguida, si se propagase en el pueblo la convicción de que el bien común y la justicia pueden realizarse únicamente en ausencia de toda autoridad, ésta desaparecería por sí misma.

A la segunda pregunta, Godwin y Proudhon responden que los hombres, guiados por la conciencia del bien común y la justicia, descubrirán, naturalmente, las reformas de la vida común más sabias, más equitativas y más ventajosas para todos.

Otros anarquistas, como Kropotkin y Bakounine, reconociendo igualmente como medio de abolición de la autoridad la difusión en las masas populares de la conciencia de su naturaleza perjudicial y contraria al progreso de la humanidad, consideran, sin embargo, la revolución como posible y aun necesaria. Así que aconsejan se preparen todos para ella. Y cuando el Estado y la propiedad estén suprimidos, los hombres encontrarán, naturalmente, condiciones de vida racionales, libres y ventajosas.

El alemán Max Stirner y el escritor americano Tucker, dan una respuesta casi idéntica a la cuestión de los medios de supresión de la autoridad pública.

Ambos opinan que el día en que los hombres comprendan el hecho de que el interés individual de cada uno es un guía perfectamente suficiente y legítimo de nuestros actos, y que la autoridad no hace más que dificultar la manifestación de este principio director de la vida humana, el Estado desaparecerá por sí solo, tanto a consecuencia de la desobediencia como, sobre todo—añade Tucker,—a causa de la no participación en el gobierno.

A la segunda pregunta responden que, libres de la idea supersticiosa acerca de la necesidad de un gobierno, y obedeciendo solamente al interés individual, los hombres se agruparán, naturalmente, según las condiciones de vida más racionales y ventajosas.

Todas estas doctrinas tienen razón al afirmar que en el caso en que la supresión de la autoridad fuera juzgada necesaria, no se podría a este efecto recurrir a la fuerza, porque la autoridad que suprimiera la autoridad seguiría siendo autoridad.

Este fin puede alcanzarse solamente haciendo penetrar en los hombres la conciencia de lo inútil y lo perjudicial de todo gobierno

al cual no se debe obedecer, en el cual no se debe participar.

Esta verdad es incontestable: sólo la conciencia razonada de los hombres, puede abolir la autoridad. Pero, ¿de qué se debe tener conciencia?

Los anarquistas creen que debe tener por objeto el bien público, la justicia, el progreso o bien el interés del individuo. Y sin detenerse en el hecho de que estos principios no concuerdan entre sí, las definiciones mismas del *bien común*, de la *justicia*, del *progreso* y del *interés individual*, son infinitamente variadas.

Así que es difícil suponer que hombres en desacuerdo con los principios en virtud de los cuales luchan contra el Estado, puedan triunfar de una institución tan sólidamente establecida y defendida tan hábilmente.

Cuanto a suponer que concepciones del bien común, de la justicia o de la ley del progreso, puedan bastar para que hombres que no están sustraídos a la autoridad, pero que ninguna razón tienen para sacrificar su dicha personal por el bien común, se agrupen en una organización equitativa y que no ataca a su libertad recíproca, sería aún menos fundado. En fin, la doctrina utilitaria y egoísta de Max Stirner y Tucker, afirmando que la obediencia de cada uno tiene su interés personal,

y que establecerá relaciones equitativas entre todos, no es solamente gratuíta, sino también contraria a la realidad.

Reconociendo con razón el arma espiritual como único medio de abolir el Estado, adoptando una concepción materialista, no religiosa, de la vida, el anarquismo está desprovisto de esa arma espiritual y se limita a sueños que dan pretexto a los defensores de la violencia para anular este justo principio.

Cuanto al arma espiritual, no hay más que una; los hombres la conocen hace mucho tiempo, ha tenido siempre razón de la autoridad y dió siempre a quien la empleó una libertad completa e inviolable.

Este arma es la concepción religiosa de la vida que hace considerar la vida terrestre como una manifestación parcial de la vida del universo que une la vida humana a la vida infinita y que, viendo la suprema dicha individual en el cumplimiento de las leyes de la vida infinita, juzga esta observancia más obligatoria que la de todas las leyes humanas.

Sólo esta concepción religiosa une a los hombres en la misma idea de la vida; sólo ella es inconciliable con la sumisión a la autoridad, y, por consiguiente, la suprime en efecto.

Y, ¡cosa singular! sólo después de haber sido llevados por la vida misma a la convic-

ción de que el Estado actual es invencible y no puede ser suprimido por la fuerza, comprendieron los hombres la tan banal verdad de que la autoridad y todo el daño que hace son simplemente la consecuencia de nuestra mala conducta, y que, para hacer desaparecer el Estado y el mal que nos causa, hemos de llevar una buena vida.

Comienzan los hombres a comprenderlo. Fáltales ahora convencerse de que, para llevar una buena vida, sólo hay un medio: la observancia de una doctrina religiosa asequible a la mayor parte de los hombres.

Sólo la observancia de esta doctrina religiosa, nos permitirá llegar al ideal planteado actualmente ante nuestra conciencia y al cual aspiramos.

Todas las demás tentativas de suprimir la autoridad y organizar en su ausencia una vida social buena y racional, no son más que un vano gasto de fuerza, y, lejos de acercarnos al fin que perseguimos, lo que hacen es alejarnos más.

V

He ahí lo que quería deciros, hombres políticos y sinceros, que no estáis bien avenidos con la vida egoísta y queréis consagrar todas vuestras fuerzas al servicio de vuestros hermanos.

Si tomáis o deseáis tomar parte en la actividad gubernamental y servir de este modo al pueblo, pensad en lo que es todo gobierno que se mantiene en virtud del principio de la autoridad. Después de haber meditado acerca de esta cuestión, no podréis dejar de percataros de que no hay gobierno que no cometa, que no se disponga a cometer actos de violencia, sin los cuales no podría sostenerse.

Un escritor norteamericano poco conocido (1), refiere en su obra: «Por qué el hombre no debe obedecer al gobierno», que se negó a satisfacer al gobierno americano un dollar de impuesto, diciendo que no quería con su do-

(1) Thoreau.

llar tomar parte en las obras de un gobierno que autoriza la esclavitud de los negros.

¿Es que todo ciudadano —no digo todo ruso— del país más avanzado de América, no debe obrar de igual modo con su gobierno, en razón de su acción en Cuba, en Filipinas, de su conducta con los negros y los chinos, o bien todo ciudadano de Inglaterra, que hace el comercio del opio, que aplasta a los boers, o bien de Francia con sus horrores de militarismo?

He aquí por qué todo hombre sincero que quiera servir a sus semejantes no puede tomar parte en las obras del gobierno si se ha hecho cargo de lo que es toda autoridad que adopta la regla: «El fin justifica los medios».

Ahora bien; semejante actividad fué siempre perjudicicial, tanto para aquellos en cuyo favor se ejercía como para los que la ejercían.

En resumidas cuentas, bien sencilla es la cosa. Queréis obtener la mayor parte de libertad y derechos para el pueblo sometiéndole al gobierno y haciendo uso de las leyes. Pero la libertad y los derechos está en razón inversa del poder del gobierno, y, en general, de las clases directoras. Cuanta más libertad y derechos tenga el pueblo, menos prerrogativas y libertad tendrá el gobierno. Todos los poderes

constituídos lo saben y, conservando la autoridad, toleran de buena gana las justas oratorias de los liberales, admitiendo hasta ciertas medidas insignificantes que tienen algún carácter de liberalismo porque justifican su dominio, pero detienen en seguida por la fuerza toda tentativa de los mismos liberales que amenace su existencia.

De manera que todos vuestros esfuerzos por servir al pueblo por la vía administrativa o parlamentaria os conducirán sencillamente a la afirmación de la autoridad de las clases directoras y a vuestra participación más o menos consciente en el poder, según el grado de vuestra sinceridad.

Tal es el resultado de la actividad de los que desean servir al pueblo aprovechando las instituciones existentes.

Si sois de esos hombres sinceros que quieren servir a la causa común con ayuda de procedimientos revolucionarios y socialistas, pensad un instante en los caracteres de estos medios. Son primera y principalmente inmorales, porque encierran la mentira, la brutalidad y el asesinato; de ningún modo hacen llegar al fin.

La fuerza y la prudencia de los gobernantes que defienden su existencia son tan efectivas en nuestra época, que ningún ardid, su-

percherían ni crueldad podrían derribarlas, sino únicamente conmoverlas.

Todas las tentativas de revolución dan hoy el resultado de proporcionar al gobierno una nueva justificación del empleo de la violencia y el aumento de su poder dominador.

Aun cuando se admitiera lo imposible: *la revolución triunfando de todos los obstáculos*, se ofrecían dos cuestiones.

En primer lugar, ¿cómo creer, contra lo que ha ocurrido hasta aquí, que una autoridad que ha suprimido otra autoridad aumentaría la libertad y se haría más beneficiosa que la abolida?

En segundo término, con la suposición, contraria a todo buen sentido y a la experiencia del pasado, de que la nueva autoridad daria a los hombres toda libertad de establecer las condiciones de la vida que considerasen más útiles para ellos, no hay ninguna razón para creer en la posibilidad de la organización de un orden social más perfecto por hombres acostumbrados a llevar una vida egoísta.

Que el rey de Dahomey promulgue la más liberal de las constituciones; que realice la socialización de los instrumentos de trabajo a fin de librar a los hombres de todos los males; cada cual deberá ejercer la autoridad a fin de que la constitución sea observada y para que

los instrumentos de trabajo no caigan en poder de particulares; y, como esta constitución será concedida a *dahomanos* que tengan su concepción presente de la vida, es evidente que la opresión de los unos por los otros, aun cuando bajo una nueva forma, conservará el carácter que tenía antes de la constitución y nacionalización de los instrumentos de trabajo.

En realidad, antes de llevar a cabo una organización socialista, es menester que los *dahomanos* pierdan el gusto a los sacrificios sangrientos.

No son las instituciones nuevas, mantenidas por la fuerza, las que podrán asegurar una vida social de la cual será desterrada la opresión, sino más bien un estado de espíritu moral que suscitará en los hombres la voluntad de obrar con los otros como quisieran se obrase con ellos.

Y estos hombres existen. Existen en comunidades cristianas, en América, en Rusia, en el Canadá. Estos hombres viven, realmente, sin ley; viven una vida común, sin dominio de los unos sobre los otros.

La actividad sensata, respondiendo a las necesidades de nuestro tiempo y de nuestra sociedad cristiana, no podría, pues, ser más que la profesión y la propagación por medio de palabras y actos de la doctrina religiosa

más reciente y más elevada que podamos conocer, es decir, la doctrina cristiana.

Y cuando digo doctrina cristiana, no entiendo la que, adaptándose al actual orden de cosas, exige sencillamente la observancia del culto exterior o se contenta con la fe en la redención, sino que me refiero al cristianismo humano, cuyo fundamento es la no participación en los actos del gobierno, la insumisión a sus exigencias—impuestos, derechos de entrada, sentencias de justicia, servicio militar, —todas contrarias al espíritu del cristiano verdadero.

Y si así se hace, es evidente que la actividad del que quiera servir a su prójimo no debe encaminarse a la reorganización de las formas sociales, sino aplicarse al mejoramiento moral de su propia naturaleza y de la de sus semejantes.

Los que obran de otro modo suelen pensar que las condiciones sociales y la naturaleza humana pueden mejorarse al propio tiempo.

Y los que así piensan cometen el error tan frecuente de tomar el efecto por la causa y *vice versa*, o el fenómeno que la acompaña.

El cambio de la naturaleza de los hombres y su concepción de la vida, trae inevitablemente el cambio de formas sociales; en cambio la acción encaminada a modificar éstas,

lejos de ayudar a la evolución de la naturaleza y de la concepción de los hombres, impide esta evolución, dirigiendo la atención nuestra y nuestra actividad a una vía falsa.

Esperar cambiar los sentimientos y la concepción de los hombres cambiando las formas exteriores de la vida, es colocar distintas maderas verdes en una estufa con la esperanza de encontrar en ellas una disposición que las haga arder.

Y todo el mundo sabe que la madera seca arderá, se ponga como se quiera.

Este error es tan evidente, que nadie le hubiera podido cometer si no hubiera una causa que le es favorable.

Consiste esta causa en el hecho de que la obra de la modificación de los sentimientos humanos debe comenzarse por uno mismo, y exige una lucha y un trabajo interior continuos; mientras que el cambio de las formas de la vida de otro es fácil de hacer, no necesita ningún trabajo interior y nos parece, sin embargo, una obra de gran importancia.

Contra este error, fuente de los más grandes males, os pongo en guardia a todos los que sinceramente queráis servir a vuestros semejantes.

VI

«Pero no podemos vivir tranquilos pensando solamente en profesar y propagar el cristianismo y viendo hombres que sufren en torno de nosotros. Queremos servirles activamente. Estamos dispuestos a dar nuestro trabajo, hasta nuestra vida, por conseguirlo», dicen algunos con indignación más o menos sincera.

Pero, ¿cómo sabéis—responderíales yo—que estáis llamados a servir a vuestros semejantes por el medio que os parece más útil y eficaz? Lo que decís demuestra únicamente que habéis ya decidido que no se puede servir a la humanidad viviendo como cristianos y que el verdadero medio de servirla es la actividad política, que os tienta.

Ahora bien; todos los políticos piensan de igual modo; y sin embargo, están muy lejos de hallarse de acuerdo entre sí; no pueden, pues, tener todos razón.

Sería buenísimo que cada cual pudiese fa-

vorecer a su manera, pero esto es imposible. Porque no hay más que un medio de servir a los hombres queriendo mejorar su situación; que es profesar una doctrina que determine al propio perfeccionamiento interior.

Este es justamente el perfeccionamiento del verdadero cristiano, que no vive a este fin en la soledad; perfeccionamiento que consiste en el establecimiento de relaciones cada vez más afectuosas con sus semejantes.

El establecimiento de estas relaciones no puede, en fin, mejorar la situación de los hombres, aun cuando la forma en que deban manifestarse todavía no nos sea conocida.

Cierto que la obra gubernamental, parlamentaria o revolucionaria, en la cual participamos, define de antemano los resultados que queremos alcanzar, y que nos está permitido al propio tiempo gozar de todas las ventajas de una vida agradable, lujosa, adquirir una brillante posición, la aprobación de los hombres y la gloria. Mas si sufrimos, esta posibilidad de dolor es compensada por la posibilidad del éxito. Así, la profesión de militar lleva consigo los mayores peligros de sufrimiento y aún de muerte, y sin embargo los más inmorales y egoístas son los que eligen esta carrera.

La concepción religiosa, en cambio, no de-

fine de antemano el resultado a que nuestra actividad puede llegar, y exige además la renuncia al éxito exterior; y en seguida, lejos de procurar una posición lujosa y la gloria, coloca a los hombres en la situación más inferior desde el punto de vista social; los expone no sólo al desprecio y la censura, sino también a los sufrimientos más crueles y a la muerte.

Así, con el servicio militar obligatorio de hoy, la actitud religiosa obliga al que es reclutado para entregarse al asesinato a soportar todos los castigos que el gobierno le aplique por la negativa al servicio militar.

He aquí por qué la actividad religiosa es penosa; en cambio, sólo ella nos da la conciencia de la libertad verdadera y la certidumbre de cumplir con nuestro deber.

Esta actividad es, pues, la única verdaderamente fértil, puesto que, de acuerdo con el supremo ideal, alcanza subsidiariamente y de un modo natural y sencillo los resultados a los cuales quieren llegar los hombres públicos empleando medios artificiales. De manera que el único medio de servir a los hombres es llevar por sí mismo una vida moral.

Y, lejos de ser quimérico, cual opinan las personas a quienes este medio es desventajoso, es más practicable que todos los que sir-

ven a los que conducen a las masas para arrastrarlas a la falsa senda y lejos de la única verdadera.

VII

«Pero ¿cuándo podría llegar eso, suponiendo que se admitiera?» preguntan los que desean ver lo antes posible la realización de este ideal.

Evidentemente sería lo mejor que se pudiera realizar en seguida, inmediatamente.

Sería perfecto si se pudiera hacer brotar un bosque en un abrir y cerrar de ojos. Por desgracia es imposible la cosa; hay que esperar a que la semilla germine, deje ver retoños, luego hojas, luego el tallo, que se transforma por fin en árbol.

Cabe, es verdad, introducir en el suelo ramas que formarían en cierto tiempo una apariencia de bosque; pero esto no sería más que una apariencia.

Lo propio puede decirse de la improvisación de una nueva sociedad. Puédese construir un simulacro de buen orden, a semejanza del del hoy, pero esta imitación no hace más que alejarnos de la posibilidad del verdadero orden público.

En realidad, los gobiernos actuales alejan de esta posibilidad, primeramente porque nos engañan haciéndonos creer en el reino del orden, cuando no existe; porque esta apariencia de orden es alcanzada por el ejercicio de la autoridad; y ésta deprava tanto a los gobernantes como a los gobernados; de donde resulta una menor posibilidad de realizar la paz pública.

Así, las tentativas de una rápida realización del ideal, no disminuirían la posibilidad de alcanzarla.

La solución de la cuestión establecida —en qué momento será alcanzado el ideal— depende, pues, del momento en que los amigos sinceros del pueblo comprendan que nada aleja tanto a los hombres de su ideal como sus acciones actuales; o bien la negación de toda religión, la orientación de toda actividad popular en el sentido de la sumisión al gobierno, las revoluciones, la propaganda socialista...

Comprendan los hombres sinceramente adictos a la causa común toda la vanidad de los medios de mejorar nuestra situación propuestos por los partidarios del Estado y de los revolucionarios; percátense de que el único medio de desembarazar a los hombres de sus males es cesar, por su propia iniciativa, de llevar una vida egoísta, pagana, e inauguren una

vida cristiana, es decir, de unión entre los hombres; reconozcan como posibles y legítimos los actos de violencia o la participación en estos actos en un interés personal; observen por el contrario la ley fundamental, la suprema ley que prescribe se obre con los demás como se quisiera obrasen con uno, e inmediatamente caerán las funciones irracionales y crueles de la vida de hoy, y se formarán otras nuevas correspondientes a la nueva concepción de los hombres.

Piénsese solamente cuántas y cuán hermosas fuerzas espirituales se han gastado en nuestros días al servicio de las instituciones caducadas del Estado y a su defensa contra la revolución, cuántas jóvenes y ardientes vidas se han sacrificado en las tentativas revolucionarias, en la vana lucha contra el Estado, y cuantos menos irrealizables ilusionan a los partidarios del socialismo.

Y todo esto para alejar, para hacer irrealizable el bien al cual todos aspiramos.

¿Qué ocurriría, por el contrario, si todos estos esfuerzos gastados en balde, y a menudo en detrimento del prójimo, fueran encaminados a nuestro perfeccionamiento individual, único medio de obtener una vida social ventajosa para todos?

¿Cuántas veces se hubiera podido ya cons-

truir una nueva casa, con nuevos y sólidos materiales, si todos los esfuerzos que se han gastado y se gastan todavía en el apuntalamiento de la vieja casa fueran empleados resueltamente y a conciencia en la preparación de materiales para edificar la nueva casa?

Ciertamente que ésta no podría ser al principio tan lujosa y cómoda para ciertos privilegiados como lo fué la antigua; pero sería incontestablemente más sólida y susceptible de más perfeccionamientos útiles, no solamente para los privilegiados, sino para todos los hombres.

Todo lo que acabo de decir puede conducir a esta verdad sencilla, indiscutible y asequible a todos. Para que la buena vida se generalice, es menester que los hombres sean buenos.

Cuanto a los medios para llegar a este fin, no hay más que uno; que todos nos esforcemos en ser buenos.

He ahí por qué toda la actividad de los que quieren concurrir a la realización de esta vida moral puede y debe tender a su propio perfeccionamiento interior, es decir, a obrar según se dice en el evangelio: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial».

Noticia bibliográfica

Enfance.
Adolescence.
Jeuneusse.
Sébastopol en décembre 1854.
Sébastopol en mai 1855.
Sébastopol en août 1855.
Le bonheur de famille.
Trois morts.
Polikouchka.
Guerre et Paix.
Alphabet.
Livres de Lecture.
Anna Karenine.
En quoi consiste ma foi?
Eh bien que faire?
En quoi consiste le bonheur.
La Mort de Ivan Iliitch.
La Puissance des Ténébres.
La Sonate à Kreutzer.

Maître et Serviteur.
Resurrection.
Le salut est en vous.
L'Esprit Chrétien et le Patriotisme.
Les Temps sont proches.
Sur l'Art.
Le Chant du Cygne.
Les Evangiles.
Zola.
Dumas, Maupassant.
Religion et Morale.